¿Iría? ¿No iría?

Llevaba dos días preguntándose lo mismo el pobre Vicente Santa María, y ya iba siendo aquello una obsesión. La carta, plegada en infinitas dobleces por tanta repetida lectura, temblaba otra vez en sus manos, inquisidora, apremiante. ¡Extraño poder de atracción tenía aquel pedazo de papel ordinario en el que una mano vacilante había trazado un par de líneas! Y ¡horrible el enigma que envolvía para quien se encontraba en la difícil situación de no saber si huir de un cariño muerto o fingirlo resucitado ante una mujer que se moría!

—Vamos, Gil, ¿qué me aconsejas? Yo ya no puedo más... Por todas partes me persiguen esas preguntas: ¿Voy? ¿No voy?

Gil Montenegro, amigo de muchos años, tomó la carta. El papel era basto, cogido al azar probablemente en el apremio de la necesidad urgente y surcábanlo por todas partes, como venas, las rayas negras que habían dejado las dobleces. Picábalo la curiosidad por saber qué era esta nueva hazaña del hombre que se dedicaba al *sport*[33] del amor, como otros se dedican al *tennis*, al *bowling*[34], al ajedrez...

—Me tiene intrigado sobremanera esa carta —continuó Vicente—. La llevo conmigo desde que la recibí, antes de ayer. La tomé a broma, primero, pero por ignoro qué razones fueron adquiriendo influjo hasta convertirse en lo que hoy es para mí: un grave caso de conciencia.

Gil leyó la carta en un abrir y cerrar de ojos. ¡Bah! Poca cosa, en verdad, para quitarle el sueño al amigo que, en una elegante *non*

[33] Muchos de los anglicismos que aparecen en los cuentos de Laygo no habían sido todavía acomodados a los patrones ortográficos del español. Optamos por dejarlos en la forma en que aparecen originalmente para dar cuenta de la novedad en el uso de ese vocabulario cuando Laygo escribía, puesto que en su caso son extranjerismos crudos. Del inglés, *sport* significa 'deporte'.

[34] Del inglés: juego de bolos.

curanza[35], había dejado tras de sus conquistas amorosas una larga estela de lágrimas y recriminaciones. ¿Para qué se iba a preocupar por la carta de una histérica que desde un lecho del hospital lo llamaba para que "fuese testigo de sus últimas horas"? Hasta había que dudar de si estaba realmente en trance de muerte la mujer aquella que se ocultaba bajo la inicial L. con que firmaba la carta. Sería, con toda probabilidad, la burda añagaza de una novia abandonada que veía en una enfermedad de poca monta ocasión para reanudar unas relaciones olvidadas.

—No vayas, Vicente —aconsejó, al fin, Montenegro—. A tu edad, y con tu historial de amores, sería triste, sería ridículo desempeñar el papel de protagonista en una novela sentimental que, escrita en forma de libro, tendría que venderse por entregas.

Definitiva la decisión, ahora, merced al consejo del amigo. Ya no iría. Que se pudriese en el hospital aquella L. (Lucía) de quien conservaba el recuerdo de un noviazgo un poco pegajoso, con muchos besos y con muchas riñas. Luego, un hospital con su olor nauseabundo de medicinas y antisépticos, con su lúgubre espectáculo de lisiados y enfermos no encajaba a sus caprichos de hombre limpio que, cuando se bañaba, tenía que volcar antes en la tina un frasco de agua de colonia…

Y, sin embargo, Vicente fue al hospital, apremiado por un poco de piedad que le mordía la conciencia. ¿A qué negar a una infeliz que podía estar muriéndose el único ensueño que esperaba en este mundo? A un condenado a muerte, siempre se le concede la última gracia que pide. Y no, no era ficticia, ni de poca monta la enfermedad. Un tumor canceroso en el estómago, avanzadísimo, que había reventado por razones que ignoraban los mismos médicos e iba llevando a todas las reconditeces del cuerpo, por la red de puentes de las venas, la

[35] Del italiano: falta de cuidado en el desempeño de cualquier actividad.

muerte, una muerte lenta, de continua, dolorosa agonía, en un como sistemático asalto a todos los reductos a que se plegaba, defendiéndose tenaz, la vida...

Vicente encontró a Lucía hundida en el lecho, inmóvil bajo el embozo de unas sábanas blanquísimas. Una mano amiga había colocado a la cabecera un rosario de *sampaguitas*. Sobre una consola de cristal, un puñado de rosas parecía querer escaparse del estrecho cuello del florero en demanda de aire y luz. Una *nurse*[36], toda blanca desde la cofia almidonada que le ceñía, como una corona, la cabeza, hasta los zapatos de lona, sin tacón, le impuso silencio, con un gesto mientras le ofrecía una silla.

—¿Duerme? —se atrevió él a preguntar.

—Le acaban de administrar una dosis de morfina. Es la única forma de hacerla olvidar a la pobre de sus dolores —susurró la *nurse*.

Vicente tuvo que reprocharse de pronto un mal pensamiento. ¡Hasta esta alcoba donde rondaba la muerte y a donde había acudido por imperativos de la piedad, llevaba su donjuanismo descarado y sin escrúpulos! Porque comprobó que más que en la enferma, se habían fijado sus ojos en esta enfermera blanquísima, esbeltísima en su uniforme albo, ceñido al busto que emergía en un triunfo de gallardas proporciones. Bello además el rostro, un poco moreno, con sus ojos brillantes bajo el doble arco de las cejas, con la nariz chatilla, expresaba sin embargo, y sobre todo, con su boca breve, de labios rojos, gruesos, que marcaban, al habla, el contorno de un corazón...

Se irguió el Remordimiento en su conciencia y tuvo que desviar los ojos de la *nurse*. Al hospital había venido no a esto tan cruel de llevar a la vera de la misma enamorada enferma sus infidelidades. Si aquella Lucía tenía contados los días de su vida, que al menos se llevase prendida a su alma la divina ilusión de haber recobrado, al morir, un cariño desde mucho antes muerto. A él, Vicente, nada

[36] Del inglés: enfermera.

le costaba añadir a la larga serie de mentiras de su vida la mentira piadosa de hacerse creer que, nuevo hijo pródigo del Amor, volvía...

Pero, ¡qué diablescamente bella esta *nurse*, que se iba de un lado a otro, ágil, escurridiza, también perfumada, con un perfume que no era de esencias de flor, sino de cuerpo de mujer, sano, limpio, fresco!...

Lucía sintió un renacimiento de su fe en la vida. Hasta olvidó, en la nueva felicidad que le inundaba el alma, los horribles dolores que desgarraban sus entrañas. Todas las tardes y casi a la misma hora —la hora sentimental del *tramonto*— se despertaba del falso sueño que traía la morfina para encontrarse con la realización del sueño de ver a su lado al amado. Lucía apenas hablaba entonces. Bastábale idolatrar al ingrato con la muda elocuencia del alma que se asomaba a los ojos, deshecha en las perlas de sus lágrimas...

La primera tarde que apareció Vicente, le había dicho:

—Ya ves, Lucía, he venido…

Estaba llena de resentimientos la mujer. Hasta había habido momentos en que llegó a creer que no le sería ya posible perdonar al amado su abandono. Pero bastó su presencia, bastaron las breves palabras aquellas para que sólo se quedase en su alma la impresión de la dulcísima realidad presente de tenerlo cerca de sí.

Así, todas las tardes, a la hora sentimental del *tramonto*, Lucía veía a Vicente a su lado.

Pero también todas las tardes, Vicente venía antes de la hora sentimental. Y mientras la morfina ejercía su acción en la enferma, el asiduo visitante se dirigía a la terraza en que remataba el pasillo de los cuartos de pago, en uno de los cuales se encontraba Lucía. Y a esta terraza, por cualquier pretexto, Vicente atraía a la bellísima *nurse*, a ella presentado ya por un amigo común de los dos.

Solían hablar de cosas diferentes: de flores, de músicas, de bailes.

El hombre, ducho en la materia, llevaba a veces la conversación al terreno de la caridad y llamaba excelsas a las que se dedicaban a cuidar enfermos. Excelsas ellas, las enfermeras, excelsa por sobre toda ponderación, por sobre todas ellas, ella, que malograba los años áureos de su juventud, encerrada entre cuatro paredes, igual que una monja, más que una monja todavía, porque en vez de rosarios y devocionarios, manejaban sus manos pinzas y vendajes…

—Y pensar —precisó un día Vicente— que en vez del cuadro de porquerías y enfermedades de este hospital, hay quien sabría, con sólo abrirle de par en par su corazón, mostrar a sus ojos el milagro de un paisaje de mimos y adoraciones…

—Oh, ¡cállese usted, cállese! —protestó roja de rubor, la *nurse*—. ¡Cállese por piedad!... Ahora mismo va a despertar Lucía, *su* Lucía…

Y huyó ágil, escurridiza, perfumada…

IV

Pronto se dio cuenta Vicente de que la *nurse*, le huía. Ya no venía, como otras tardes, a la terraza a hacerle el regalo de su presencia y de su conversación. Sólo la vislumbraba de tarde en tarde como fugaz aparición, cuando, por imposiciones del oficio, iba al cuarto de la enferma a administrarle medicinas. Y ¡cómo hablarla en esas ocasiones, con Lucía bien despierta, con esta enferma de amor siguiéndole todos los movimientos! ¡Cómo arrojar a la pobre mendicante de cariño el insulto de una nueva pasión florecida delante de sus propios ojos, durante estos pocos días que restaban de su vida!

Porque Lucía se agravaba. Así se lo había dicho el médico y así lo comprobaba él mismo, en las cada vez más demacradas facciones, en la creciente debilidad que un día le atenazaba los pies, y otro no la permitía ni levantar siquiera los brazos del embozo. ¡Y a esta agonizante estaba él atado, ridículo protagonista de una novela sentimental, como había dicho su amigo Gil, buena para venderse por

entregas! Entonces se dio cuenta de que si fue piedad la que lo trajo al hospital una tarde, ya no era piedad la que lo obligaba a volver todas las tardes, sino otra cosa, esta *nurse* esquiva y huraña, que por huraña y esquiva había sabido trocar en amor irresistible, aquello que al principio tomara él por pasión de momento.

Y no le quedaba ni el remedio de dejar de venir al hospital. Lucía le había suplicado:

—No te marches ya, Vicente, por favor. Ahora que te he recobrado sería horrible volver a perderte.

No había tenido valor para negarse. Quedábale todavía un jirón de conciencia y comprendía que alejarse hubiese precipitado el fin de la enferma.

Su liberación ahora dependía —horrible pensamiento que lo asustó— de la muerte de Lucía. Y en cuanto ella muriese, ¡con qué satisfacción huiría él a su vez de este lugar donde había gustado el acíbar del primer fracaso!

Y una tarde pensaba en esto, dormida todavía Lucía, cuando la mampara del cuarto giró y entre sus batientes apareció toda blanca como siempre, la *nurse*, con un termómetro en la mano.

Ahora era la ocasión. Tendría ella que estar por lo menos cinco minutos en el cuarto para esperar que se marcase en el instrumento de cristal el grado de la fiebre. Entretanto…

Sólo que ella leyó su pensamiento y retrocedió, en instintivo movimiento de fuga. Los batientes, libres ya de sus manos, giraron como alas, chirriando. Pero se volvieron a parar, ahora aprisionados por las manos de Vicente que, por rápido impulso, iba ya en persecución de la fugitiva…

Imposible la fuga ya, en estas circunstancias, sin llamar la atención de las otras enfermeras que iban cruzando el pasillo. Así lo comprendió ella que optó por fingir indiferencia y dirigirse a la terraza. ¡Después de todo, qué más daba que mediasen ya las necesarias explicaciones!

Y Vicente, que venía encendido en rabia. Sólo tuvo una pregunta que envolvía un amargo reproche:

—¿Por qué huye usted de mí?

Y ante el silencio embarazado de ella, continuó:

—Si le es pesada mi presencia me marcharé, lejos... Pero, por Dios, dígamelo claramente que todo es preferible a esta horrible situación...

—¡Oh, no, no, no! —protestó con toda su alma la mujer—. No es eso, sino que…

—¿Qué? ¿Qué, por Dios?

Y como volviese a callar la *nurse*, Vicente siguió hablando calurosamente:

—Bien sabe usted, bien sabes tú —se corrigió— que desde la tarde aquella en que nos vimos por primera vez; he vivido de la ilusión de que pudiese ser mío algún día tu cariño. Yo lo necesito, yo lo ansío...

—Pero ella, Lucía...

—La muerte la reclama y a nosotros nos reclama... la Vida.

Hubo una transfiguración en la mujer. Su voz se hizo severa:

—No tenemos el derecho de envenenar las últimas horas de una moribunda, Vicente. Acuérdate, acuérdese —se corrigió— de sus propias palabras: es excelsa por sobre toda ponderación la mujer que se dedica a cuidar enfermos...

Y tras de una pausa, añadió todavía:

—Y ¡más excelsa es la mujer que sabe respetar la ilusión de otra mujer!...

¡Excelsa!... ¡Si, divinamente excelsa, esta *nurse* cuya inmensa, piedad no sólo, se cuidaba de cuerpos enfermos, sino también de almas necesitadas de amor! ¡Excelsa, esta mujer, que entregaba, íntegra a otra mujer la felicidad que debía ser suya ya, por derecho de su belleza y de su juventud y por el derecho que le daba la loca adoración en que la tenía Vicente!

Y Vicente, desilusionado, vencido, preguntó:

—Y ¿mi amor? Y ¿nuestro amor?

Era el suyo el grito de una pobre alma que se encuentra por primera vez frente a frente con el Amor, el verdadero, el dardo divino que abre en los corazones eternas heridas.

Y era también el grito del que, ya no espera nada...

Gimió todavía:

—¿Qué haré con este cariño mío que es ya mi vida?

Y ¡ante la mente de la santa mujer se puso de relieve toda la magnitud de su sacrificio, puesto que también toda su alma se preguntaba qué haría con la herida que había en ella abierto el dardo divino, herida que con este renunciamiento acaso sería una herida, de muerte!

¡Que lo fuese! Así apuraba de una vez hasta las heces el martirio, fiel al lema de caridad —para los cuerpos y para el alma— que se había impuesto.

Pero otra *nurse*, que llegó corriendo, en susto, a reunírseles en la terraza, trajo la solución que acaso el dios del Amor, piadoso, había preparado:

—¡Lucía, la pobre Lucía está muerta!...

Ya no se hablaron Vicente y la Excelsa. Sus ojos se fundieron en una mirada indefinible en la que palpitaba la promesa de un nuevo porvenir, mientras sus almas, pasadas por el crisol del dolor, elevaban al cielo una plegaria por la pobre mujer que, al morir, les daba a los dos la Vida.